

Queridas familias, estimados profesores, amigos todos que nos acompañáis en este momento tan significativo de nuestra vida. Un día 10 de mayo como el de hoy, el inmortal Miguel Ángel Buonarrotti comenzaba a pintar los frescos de la Capilla Sixtina. Pese a toda su genialidad, el pintor no imaginaba que acababa de empezar una de las obras cumbres del arte universal. Confiaba en su talento, en la minuciosa preparación que había hecho elaborando con sumo cuidado cada uno de los dibujos, de las composiciones, de los colores, en definitiva, de todo lo que iba a ser su trabajo.

Nosotros hoy, de igual forma, afrontamos el futuro, que como la Capilla Sixtina hace 506 años, se encuentra en blanco a la espera de que dibujemos en él todos nuestros proyectos, de que plasmemos todo nuestro talento, en definitiva, de que imprimamos el legado de nuestra obra para el futuro.

Ante nosotros se abre un horizonte infinito, lleno de posibilidades y puntos de encuentro que somos incapaces de imaginar. Es verdad que tanta inmensidad suscita de forma inevitable el miedo a la incertidumbre, al qué será de nosotros, y más en una situación tan difícil como la que hoy toca vivir a tantos y tantos jóvenes. No obstante ¿Debemos de pararnos por eso? ¿Qué hemos de temer? Aquel que nos ha dado a nuestras familias y todas las cosas buenas, el que nos ha colocado en esta universidad estos años ¿se va a olvidar acaso de nosotros y de nuestro futuro sonada la hora de zarpar? Tengamos confianza porque el futuro es nuestro y cada instante nos es regalado para cumplir la vocación a la que somos llamados.

Al igual que nuestros antepasados, hoy nos aventuramos en lo desconocido. Pero estamos tranquilos, nuestros barcos son sólidos. Estos años en la Universidad han sido de preparación intensa. Mis compañeros y yo hemos llenado nuestras mentes de conocimientos, hemos hecho experiencia en la búsqueda del saber y hemos dado rienda suelta a nuestras inquietudes acompañados de muchos profesores. Hemos encontrando en el camino grandes maestros, referentes cuyo consejo y estela han de guiarnos de alguna forma toda la vida. También hemos tenido la oportunidad de encontrar aquí un espacio en el que se nos ha acompañado para vivir con intensidad toda la realidad de nuestra juventud a la luz de la Fe. Por tanto, la Universidad ha llegado a convertirse para nosotros en un verdadero lugar de encuentro. Un lugar en el que no se nos ha vetado nada y se nos ha abierto todo.

Pero sin duda, lo más grande que nos llevamos de estos años es que vosotros, maestros y familias que hoy nos acompañáis, habéis soplado a nuestras velas el viento que como humanistas nos mueve: el verdadero interés por el hombre. A lo largo de estos años hemos estudiado historia, literatura, arte, filosofía, pensamiento político... pero todo nos habla de lo mismo: del hombre. Y si hay algo fundamental que aquí hemos aprendido es que la comprensión del ser humano no se limita al estudio de las circunstancias en que vivió o a las obras que dejó, sino que nace del interés real por las personas concretas. El interés por aquellos que nos precedieron y por aquellos que van apareciendo en nuestras vidas. Como decía Terencio: soy hombre, nada de lo que es humano me es indiferente.

Y es que nada hay más satisfactorio para un humanista, para un hombre, que descubrir y reconocer que el corazón del otro está hecho para lo mismo que el mío, que busca y desea lo mismo que el mío. Cuando esto se pierde de vista, es cuando el hombre se convierte en un verdadero lobo para el hombre, cuando el estudio de las humanidades se

pervierte y sólo responde a intereses vanos y personales. El dejar de reconocer en el otro a un verdadero semejante nos lleva a situaciones tan desastrosas como la I Guerra Mundial cuyo centenario conmemoramos este año.

Por tanto, sólo desde este punto de partida cobran verdadero sentido nuestros estudios de humanidades, y sólo partiendo de este punto podremos construir juntos el futuro. Tomemos conciencia igual que Miguel Ángel antes de empezar su obra, y salgamos de aquí pidiendo vivir nuestra vocación con esta tensión. Pidamos también vivir confiados en la victoria, ya que nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo, y nosotros, igual que San Pablo queremos caminar confiados en que todo lo podremos en Aquel que nos conforta.